

# **LOS INDÍGENAS QUILMES**

**Carlos Eduardo Solivéz**

Los indígenas quilmes, una de las etnias tecnológicamente más desarrolladas del territorio argentino, habitaron el Valle de Santa María (Yocavil) al oeste de las sierras de Quilmes, en el noroeste de la actual provincia de Tucumán y casi en el centro de los Valles Calchaquíes que surcan las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca<sup>1</sup>. Construyeron sus viviendas, fortalezas, terrazas de cultivo, represas y canales de irrigación, cementerios y corrales en las laderas del cerro Alto Rey, a unos 1800 m sobre el nivel del mar.

Las cerámicas de los quilmes son probablemente las más notables fabricadas fuera del territorio peruano; la Figura 2 muestra una de las hermosas urnas funerarias antropomorfas, de 50 a 60 cm de altura, que usaban habitualmente para enterrar a sus párvulos.



Figura 2. Urna funeraria Santa María<sup>3</sup>.

Tributarios de los incas, quienes en 1480 les impusieron su lenguaje, los quilmes mantuvieron un notable grado de organización social y una compleja cultura material y espiritual. Construyeron caminos, en algunos casos con puentes colgantes fabricados con cuerdas, que los conectaban con el resto del imperio incaico. Cada uno de estos caminos tenía su correspondiente posta o tambo (del quechua *tampu*), vivienda temporaria de los enviados incas y lugar de almacenamiento de alimentos y otros avíos. Era un pueblo de contextura robusta, piel morena, cabello renegrado y abundante que frecuentemente trenzaban y adornaban con plumas y moños de lana. Tenían fuertes vínculos con otras etnias de los valles Calchaquíes, formando con ellos una unidad, que los arqueólogos llaman la cultura Santa María.

Estos vínculos étnicos se pusieron claramente de manifiesto en las denominadas Guerras Calchaquíes, donde participaron la totalidad de los habitantes de estos valles así como, ocasionalmente, otros pueblos más alejados. Cuando arribaron los conquistadores, la comunidad de los quilmes constaba de unas 2000 almas. Su orientación práctica les permitió incorporar rápidamente contribuciones castellanas como el cultivo de la cebada y el trigo, la ganadería de las ovejas y las cabras.

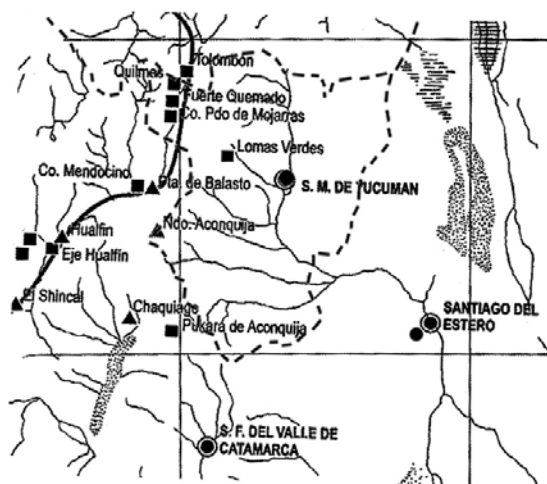


Figura 1. Ubicación del asentamiento Quilmes<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Teresa Piossek Prebisch, *Los quilmes, legendarios pobladores de los Valles Calchaquíes*, revista *Todo es Historia*, N° 414, Buenos Aires (Argentina), enero de 2002, pp. 52-56. Alberto Rex González, *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*, Filmediciones Valero, Buenos Aires (Argentina), 1977, pp. 319-340.

<sup>2</sup> Ilustración adaptada de Rodolfo A. Raffino, *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*, Emecé Editores, Buenos Aires (Argentina), 2007, p. 364.

<sup>3</sup> Alberto Rex González, *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*, Filmediciones Valero, Buenos Aires (Argentina), 1977, fig. 285.

Los principales alimentos de los indígenas quilmes eran el maíz, los zapallos, los porotos, las papas y el maní que cultivaban en unas 50 hectáreas de terrazas totalmente despejadas de piedras (llamadas andenes de cultivo) construidas en las laderas del cerro, apuntaladas y subdivididas con muros de piedra (pircas) para evitar la erosión. Debido al clima árido debían irrigar artificialmente sus cultivos acumulando el agua de los arroyos en represas y distribuyéndola luego mediante acequias empedradas. La capacidad de la represa principal, construida de lajas unidas con una mezcla de barro y ripio fino, era de unos siete millones de litros. Su muro de contención, de 17 m de largo, tenía un grosor de un metro en su parte superior y de tres metros en la inferior, tal como se hace en las obras hidráulicas actuales para soportar mejor el aumento de la presión con la profundidad.

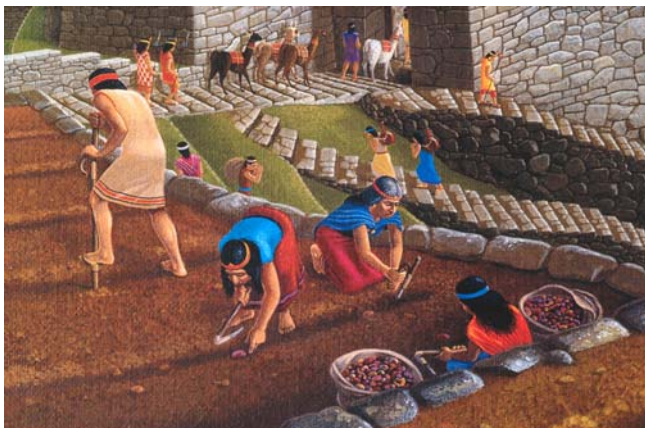


Figura 3. Andenes de cultivo<sup>2</sup>.



Figura 4. LLamas cargadas<sup>4</sup>.

Tenían grandes rebaños de alpaca y de llamas, y usaban a las últimas para transportar cargas de no más de unos 30 kilogramos, máximo que el animal podía soportar. Con los huesos animales fabricaban peines, agujas, espátulas y torteros<sup>5</sup>, usando sus pelos para hacer tejidos con telares incaicos. Cazaban ñandúes, guanacos, vicuñas, pecaríes y pavas del monte y recolectaban frutos en los valles y bosques circundantes de algarrobo (para ellos, debido a su multiplicidad de usos, el prototipo del árbol<sup>6</sup>), molle, chañar y mistol. Fermentando la algarroba obtenían una bebida alcohólica, la aloja. Preparaban arropo con el el fruto del algarrobo, del mistol y del chañar<sup>7</sup>. Molían los alimentos, como la harina de algarrobo, en morteros de piedra y los conservaban en vasijas cerámicas y cestos tejidos con fibras vegetales.

Sus vestimentas eran mantas de lana teñidas de vivos colores mediante pigmentos vegetales, gorros del mismo material ornamentado con discos metálicos, pec-

<sup>4</sup> Juan Alfonso Carrizo, *Cancionero popular de Jujuy*, Imprenta Miguel Violetto, San Miguel de Tucumán (Argentina), 1934.

<sup>5</sup> Rodajas del huso de hilar.

<sup>6</sup> La palabra con que designaba a los algarrobos servía también para designar a los árboles en general.

<sup>7</sup> Jugo de frutos cocido hasta tomar consistencia de jarabe, en el que solían echar trozos de zapallo y otros frutos.



**Figura 5. Tejedora aymara<sup>8</sup>.**

fensiva era provocar aludes de piedra para barrer a sus asaltantes. Tallaban las puntas de sus flechas con obsidiana<sup>9</sup>.

Habitaban casas rectangulares o circulares de paredes de piedra y techos de paja y barro, que en el área urbana estaban adosadas como celdas en un panal de de abejas. Estas construcciones, que tenían un patio-taller central, les servían como vivienda y como lugar de trabajo y almacenamiento de sus productos agrícolas. El relleno intermedio de piedra y ripio de las paredes dobles y los techos de paja y barro asentados sobre troncos y cañas daban a los edificios excelentes propiedades aislantes, conservando el calor interior en las noches y el invierno, y protegiéndolos del calor exterior en el verano. Las maderas de sus bosques les proporcionaba tirantes para las viviendas y combustible para sus hogares. Cortaban y labraban la madera con hachas y cincelos de piedra y de cobre conformados por ellos mismos.

Eran gobernados por curacas, responsables de organizar la vida material y espiritual de la comunidad, socialmente agrupada en familias. Las autoridades divinas tenían sede en una construcción monumental consistente en una serie de grandes muros escalonados que ascendían hasta media altura del cerro, donde piedras blancas intercaladas entre las comunes piedras grises representaban figuras de camélidos y serpientes. Este homenaje o culto era probablemente consecuencia de que los camélidos eran su principal fuente controlada de alimentos y materias primas (lana, cuero y hueso), mientras que las serpientes eran el símbolo del rayo precursor de la lluvia que posibilitaba los cultivos: la mano humana y la divina. Adoraban al sol, al que consideraban la fuente de toda energía y a otros fenómenos naturales como el rayo y el trueno. Su interpretación de los fenómenos naturales era mágica y mediada por hechiceros: atribuían las enfermedades a malos espíritus y la muerte a maleficios. Sus ceremonias religiosas estaban acompañadas de intenso consumo de bebidas alcohó-

torales de metal cincelado y ojotas de cuero. Hilaban y tejían tanto las fibras de sus animales como el algodón nativo del territorio. Mientras los adornos comunes eran de cobre, los de sus gobernantes eran de oro. Si bien sabían fundir y moldear los metales no hay evidencia de actividades mineras en la zona donde habitaban, por lo que probablemente obtenían el cobre metálico y el oro por trueque con otras etnias andinas.

Se protegían contra sus enemigos con fortificaciones de piedra llamadas *pucarás*, que eran (al igual que los castillos europeos) tanto puesto de observación como refugio de todos los pobladores en caso de invasión. Estaban armados con hondas, arcos y flechas y garrotes rompecabezas y su estrategia de-



**Figura 6. Aldea fortificada andina<sup>10</sup>.**

<sup>8</sup> Felipe Guamán Poma, *Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno*, manuscrito ilustrado por él mismo, Perú, 1561.

<sup>9</sup> Vidrio volcánico.

<sup>10</sup> *National Geographic Magazine*, mayo de 2002.

licas, como la chicha, y de música ejecutada con sicus, quenás, silbato y ocarinas. Enterraban a sus muertos en lugares especiales, lo que testimonia su creencia en una vida después de la muerte. Los adultos se enterraban acompañados de alimentos y objetos que podrían necesitar en el más allá, mientras que los niños lo eran en urnas funerarias como la de la Figura 2. La firmeza de sus creencias religiosas hizo que algunos misioneros españoles los calificaran de extremadamente supersticiosos, soberbios y tenaces en su idolatría<sup>11</sup>.



Figura 7. Indígenas transportando a encomendero<sup>3</sup>.

La orgullosa etnia quilmes, que seguramente hubiera preferido una muerte violenta pero insumisa, se extinguió lentamente en el exilio. Para la mayoría de los argentinos su nombre no está asociado a una de las más importantes culturas precolombinas del territorio, sino sólo a una común marca de cerveza.



Bariloche, 10 de mayo de 2007.

El poblado de los quilmes, hoy.

<sup>11</sup> Félix Luna, *Historia integral de la Argentina 2. El sistema colonial*, Editorial Planeta, Buenos Aires (Argentina), 1995, p. 68.

<sup>12</sup> Alcides d'Orbigny, *Viaje por América meridional*, tomo II, Emecé Editores, Buenos Aires (Argentina), 1999, p. 226.